

Rafael Reig

UN ÁRBOL CAÍDO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

RAFAEL REIG
UN ÁRBOL CAÍDO

1.ª edición: marzo de 2015

© Rafael Reig, 2015

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-045-4
Depósito legal: B. 1.138-2015
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impreso por Romanyà-Valls
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

I. Apertura. Variante Gloria.....	11
II. Juego posicional. La Venus de Willendorf .	127
III. Final de partida. Desconsideración	231

Lo anunció Alejandro Urrutia en la primavera de 1979, sentados en la terraza del C.S. Palmeras, el club social de la urbanización El Tomillar:

—¡Luis Lamana vuelve a España!

A pesar del entusiasmo de Álex, ni Ricardo Ariza ni Pablo Poveda se dejaron impresionar. Tras asegurarse de que se trataba del mismo Lamana, el «Gordito Relleno», Ricardo preguntó si seguiría jugando al ajedrez; y Pablo que adónde narices se había ido.

En la otra mesa, la de los jóvenes, el hijo de Isabel Azcoaga, Johnny, parecía alarmado. Era un chaval gordo y muy asustadizo, al que le gustaba que le llamaran Johnny, y no vivía en la Urba, sino en el pueblo, donde su padre era fontanero. Javito Urrutia, a su lado, tenía aquel gesto de estar de vuelta de todo que le hizo tanta compañía durante el resto de su vida fugaz y descalabrada.

—No creo —le contestó Álex a Ricardo y añadió en respuesta a Pablo—: Viene de Nueva York con un doctorado.

—¿Y quién es el famoso Luis Lamana? —preguntó Alicia Escudero, la única rubia, como si nunca hubiera oído hablar de él.

—¿Qué habrá sido de su vida? —dijo Pablo, que tenía

la costumbre de hacer siempre otra pregunta al mismo tiempo que su mujer.

—Se casó y tiene un hijo. —Alejandro, en caso de duda, contestaba primero a los maridos.

—Iba al colegio con ellos y luego fue el secretario de la célula, el que les metió en el Partido. —Lola Salazar, la mujer de Álex, acudió en defensa de Alicia.

Y también en prisión, pero no necesitaba añadir que acabaron en la cárcel de Carabanchel, porque hasta sus hijos estaban aburridos de aquella legendaria caída del 62, que ya sólo atrajo la atención de Johnny, porque su madre estaba embarazada de él cuando la detuvieron. A su padre, en cambio, que era el único de clase obrera, ni siquiera le interrogaron; él no era comunista. En aquella época Andrés Atienza era botones en el Banco Español de Crédito y estaba a punto de casarse con Isabel Azcoaga, «la pobre Isabel».

Aquellos matrimonios de los chalets, los Urrutia, los Poveda, los Ariza, estaban encantados de que sus hijos salieran con el hijo del fontanero del pueblo, como si esa amistad fuera la mejor garantía de que ellos todavía eran auténticos y de que permanecían fieles a los ideales de su juventud.

El chaval, sin embargo, no ponía nada de su parte; unas veces Johnny se mostraba reticente; otras, abiertamente hostil; y siempre parecía ocultar un rencor irrestañable hacia los padres de sus amigos, sus cenas de matrimonios, sus opiniones políticas y sus contactos en las altas esferas.

—Seguid así, no me miréis, no sonriáis, quietos todos —ordenó la pizpireta Carlota, militante de extrema izquierda, a la que a veces llamaban «Caperucita Roja».

—Déjalo ya, anda, que no me gustan las fotos —le advirtió su marido, Ricardo Ariza, el abogado, un hombre

tan atildado y ceremonioso que parecía que estuviera estreñido o a cargo de un secreto.

—¡Pero si estáis de cine! —se rio Carlota y disparó de nuevo.

Álex la miró como si se sintiera avasallado por ella o su cámara y quiso saber si el carrete era a color.

Carlota explicó que prefería el blanco y negro porque tenía «más posibilidades artísticas».

—Admito que Gordito Relleno sea doctor, pero me cuesta imaginar quién habrá tenido el valor de casarse con él.

—Sois unos pelmazos, Pablito, siempre estáis igual.
—Lola se puso en pie y se pasó las manos por las nalgas para estirar la falda azul.

Tenía grandes, dramáticos ojos negros y ese inexplicable atractivo que ejercen (en latitudes meridionales) las morenas bajitas y malhumoradas. Cuanta más cara de vinagre, más pasiones levantan a su paso, casi siempre enérgico, sobre todo si llevan tacones y ya se han tomado un par de copas. Iba con botas altas, blusa blanca y el pelo suelto, que le llegaba casi hasta la cintura. Tenía el gesto impaciente y a la vez entusiasta de quien está hasta la coronilla y sólo espera un acontecimiento o un cataclismo para que por fin se rompan las costuras de una vida que le aprieta como una falda de tubo cada vez que intenta dar un paso.

Lola iba a cumplir en agosto treinta y siete años, y llevaba más de quince casada con Alejandro Urrutia. Ahora que los Bielsa, antiguos monarcas de la Urba, habían vuelto a la ciudad, Lola y Álex, algo mayores que los Ariza y los Poveda, eran el centro de gravedad de aquel grupo de «matrimonios amigos», que era una expresión tan popular en aquellos años como «destape», «amnistía» o «apertura».

Los Bielsa, sus antecesores, recibieron el trono por de-

recho de conquista; habían sido los primeros en llegar a El Tomillar, «a quince minutos del centro», según afirmaban los anuncios, sin añadir la condición necesaria de que el trayecto se efectuara de madrugada y en un martes laborable. «Es lo mejor para los niños», repetían los mismos a quienes sus padres habían traído a la capital desde ciudades de provincias, para que se hicieran ingenieros, arquitectos, abogados y en general hombres de provecho.

Lola andaba con la espalda más derecha que un huso del Guadarrama y demasiado despacio, como si tuviera miedo de tropezar con algún obstáculo que no estuviera a la vista. Entró en la cafetería, pero no fue sólo al cuarto de baño, porque cuando salió llevaba otro gintonic en la mano. Era el tercero, a las seis de la tarde, y al mirar desde lejos a su marido, sus teatrales pupilas se oscurecieron como si entre bambalinas acabara de fundirse una bombilla.

Arrogante y displicente, Lola intimidaba a Alicia y a Carlota, que aún no habían cumplido los treinta y parecían un dúo cómico, porque Alicia, la rubia, era más alta que Ricardo, el más alto de los hombres, y Carlota, la morena, apenas sobrepasaba el metro y medio, y quedaba incluso por debajo de Lola, la cascarrabias que las tenía a todas en un puño.

A menudo necesitaban recordarse a sí mismas que ellas eran más jóvenes y que, si sus maridos no apartaban la vista de Lola, sólo se debía a la inquebrantable (como aún se decía) adhesión de los hombres a lo más obvio.

Con la ventaja de diez años menos, ¿por qué se sentían tan amenazadas por Lola, los pechos de Lola, su mal genio, los libros que leía Lola, sus silencios, sus desplantes, sus sonrisas despectivas y el legendario aguante para el alcohol de Lola?

—Después de tanto tiempo no va ni a conocer esto —estaba diciendo Alejandro Urrutia.

Todos volvieron entonces la vista hacia aquello, la ciudad color ceniza, más allá del pinar, de la retama y del imprevisto amarillo del jaramago; una silueta recortada en el horizonte y todavía libre, en esos años, de torres inclinadas, chimboles y esos «edificios emblemáticos» que traería la fiebre del ladrillo con sus comisiones entregadas en maletines.

—¿Cuánto lleva en el extranjero? —preguntó Alicia, a la que llamaban la «Cariátide», porque podía mirar a todos por encima del hombro.

Era mucho, quizá demasiado tiempo, media vida, porque nadie supo responderle.

Hacía más de veinte años, con su primera desaparición, había dado comienzo «la vida misteriosa de Lamana», cuando encontraron su pupitre vacío al volver de un verano y nunca supieron qué había sucedido. Oyeron decir que había contraído una enfermedad. Que sus padres estaban en la ruina. Que había sido expulsado del colegio por algo vergonzoso que tuvo lugar en un lavabo y en compañía de chicos más pequeños. Que Gordito no era quien creía ser y un oscuro pasado familiar había salido a la luz. Oyeron muchas cosas e inventaron algunas más, pero al final, nada entre dos platos: se había ido del colegio y desapareció sin dejar señas. Siempre fue así con Luis Lamana. Hasta el final. Un rostro impenetrable, una sombra sobre el agua, una máscara de arena deshecha por el viento.

Cuando volvieron a verle, años más tarde, llegó precedido de una pequeña leyenda universitaria y convertido en el camarada «Benito Martínez», su nombre en la clandestinidad, donde era el enlace del Partido Comunista en las Escuelas Especiales de Ingenieros, un luchador clandestino contra la dictadura, así que ninguno se atrevió a preguntarle nada del colegio ni qué había pasado o dejado de pasar en un cuarto de baño con los calzoncillos bajados, aunque

Ricardo Ariza sí manifestó su asombro ante el hecho de que alguien que pesaba más de cien kilos pudiera mantenerse durante demasiado tiempo en la clandestinidad.

—«Los árboles parece que se inclinan» —recitó Carlota, que ahora fotografiaba el atardecer, tras haber instalado la cámara en un trípode.

—¿Es una égloga o una elegía? —preguntó Pablo Poveda, médico forense en excedencia, que ya había publicado su primera novela, *La plenitud del malva*, y escribía la segunda, cabizbajo, gemebundo, meditativo y mantenido por su mujer, Alicia, hija de un antiguo ministro de Franco, el enérgico Leopoldo Escudero, un héroe de la División Azul que había hecho grandes negocios con Barreiros, Bernabéu y hasta con el marqués de Villaverde.

—Es la distancia focal, tonto, este objetivo es casi un gran angular.

Pablo comentó que iba a ser curioso volver a ver a Gordito Relleno y sobre todo conocer a la improbable, para él inconcebible, «Madame Gordito». Ricardo Ariza tenía esperanzas de que siguiera jugando: siempre había sido el mejor ajedrecista del colegio. Alicia y Carlota afirmaron que a El Tomillar le hacía falta «sangre nueva». Madrid cada día estaba más lejos y la Urba más aburrida, apartada del mundo, de espaldas a «todo lo que estaba pasando». Pensaban que se estaban perdiendo algo, lo que fuera, acontecimientos históricos, transformaciones sociales, conciertos de cantautores, recitales poéticos, estrenos de teatro independiente o campañas electorales.

Carlota hizo otra foto con la nueva cámara, la Hasselblad 500 que le había regalado Ricardo por su cumpleaños. Aseguraba que no era «una simple cámara», sino «un idioma, una lengua natural: la única en la que soy capaz de expresar lo que no puedo decir en mi lengua».

En los márgenes de esa fotografía, que ahora ya es del siglo pasado, los pinos que ocupan el primer plano es verdad que se doblan hacia el horizonte, donde desaparece el día como se corría un punto en aquellos pantis de licra que entonces se llevaban. Sólo se distinguen un modesto rascacielos (el Edificio España), el Palacio de Oriente y la cúpula de una iglesia (San Francisco El Grande); el resto son antenas y tejados de una ciudad que se está convirtiendo en piedra, granulada por la sensibilidad de la película, el tiempo de exposición o la apertura del diafragma, aunque todavía conserva la curva dolorosa y difícil de un ser vivo, como si fuera el espinazo de un caballo derribado o la espalda de una mujer dormida.

Lola se encogió de hombros, ella no se perdía nada, si es que estuviera pasando algo. Bajaba al centro casi todos los días en su Vespa amarilla, en la librería organizaban presentaciones y coloquios, y algunos jueves se quedaba a dormir en casa de su socia, la otra Lola, y hasta habían sido víctimas de un ataque de la ultraderecha (escaparaté hecho añicos con bates de béisbol, libros ardiendo en la acera de la calle Altamirano, cuatro disparos al aire, vivas a Cristo Rey, amenazas y algunos insultos provocados por el hecho de que las dos propietarias de Elle fueran mujeres).

El incidente había permitido a Lola salir por la tele, tan escotada como cargada de razón, con aquellas obviedades en primer plano, imperativas, al menos a los ojos de Alicia y Carlota, la Cariátide y la Caperucita, que la contemplaron embobadas y envidiosas, por encima de sus cabezas, en el aparato del Palmeras, situado sobre un estante con un faldón de banderines del Real Madrid.

Si había otra que la de ser mujeres las propietarias, la razón del atentado nunca salió a la luz, porque la librería

no era demasiado feminista ni marxista, y ni siquiera el nombre era francés, sino una ocurrencia de la otra Lola. Como las dos Lolas eran ele y ele, formaban sumadas la letra elle, y así bautizaron el negocio, Elle.

Así que ahí estaban ese atardecer de primavera, con sus americanas de solapas que, a la vuelta de muy pocos años, les costaría creer que hubieran sido tan anchas, igual que la campana de los pantalones y los cuellos ojivales de las camisas. Pablo llevaba una esclava de plata en la muñeca, con su nombre grabado en letra cursiva; Ricardo iba con un jersey negro de cuello de cisne; Alejandro con botines de tafilete y puntera fina, y un pañuelo anudado al cuello en lugar de corbata. Incluso en blanco y negro, en las artísticas fotos de Carlota, se adviene que los colores son demasiado chillones; los tejidos, de poliéster; y las pestañas, postizas (al menos sin duda las de Lola).

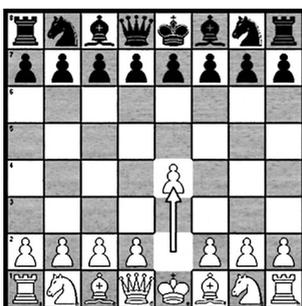
Hoy hemos llegado por unanimidad al acuerdo de que los años setenta fueron de mal gusto, estridentes y en general más horteras que un transistor; su moda, su música, su decoración, Starsky y Hutch, los teléfonos Góndola y los rutilantes Seat 131 Supermirafiori; pero durante toda su existencia, aquellos matrimonios amigos se preguntaron muchas veces si no fue esa década el breve intervalo en el que protagonizaron sus propias vidas y al mismo tiempo la historia nacional.

Habían pasado de las enaguas y el corsé de ballenas de sus madres al Cruzado Mágico de sus mujeres, de las películas «para mayores con reparos» a las «clasificadas S», y de la dictadura a esa democracia que estaban «construyendo», según afirmaban con entonación solemne, como si levantaran una pared con sus propias manos, aunque visto desde aquí, cuarenta años después, nos parezca una catedral fa-

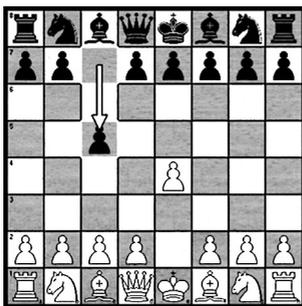
bricada con palillos de dientes o el inevitable padrenuestro escrito en una lenteja.

Sonreían, aunque no sin sentir vértigo, quizá porque adivinaban que, cada vez que alguno alzara su copa, muchos años más tarde, estos serían los viejos tiempos por los que brindaría; el «*tempo felice*» que les devolvería, al recordarlo, el «*maggior dolore*».

Para ellos era un nuevo comienzo, esa apertura de la que no paraban de hablar en televisión: el peón de rey de las blancas que avanza dos escaques hasta e4. 1. e4.



Ahora todo depende del adversario, que puede responder de la misma manera, moviendo su peón de rey a e5, pero también puede intentar tomar la iniciativa, moviendo el peón del alfil negro hasta c5. 1... c5.



A partir de aquí, cada nuevo movimiento limita un poco más las posibilidades, las nuestras y las del adversario; y con cada jugada, la libertad se convierte en necesidad, el azar en destino, y el peso del pasado encoge el porvenir, hasta que el desenlace se vuelve inevitable: será mate en tres movimientos, haga lo que haga el que aún no ha visto su caída y seguirá avanzando hacia el vacío, como sigue andando en línea recta la gallina decapitada y deja un rastro de sangre sobre el suelo, el borroso dibujo que anticipa su final.